

Cuarenta años de futuro

En el 40.º aniversario de la creación de la Facultad de Economía y Empresa de la Universidad de Oviedo

Antonio Arias

Síndico de cuentas del Principado



Entonces no lo sabía pero era un privilegiado cuando ingresé en la Universidad de Oviedo, aquel curso 75-76. Las clases comenzaron con retraso en la recién creada licenciatura de Ciencias Económicas y Empresariales. Fue en el mes de octubre y el Rector, Teodoro López Cuesta, catedrático de Hacienda Pública en la Facultad de Derecho, culminaba un proyecto marcado por la precariedad y las dificultades, diseminando a los alumnos entre el seminario diocesano y un edificio del campus deportivo. Meses después, los estudios fijaron su sede en un remozado almacén ovetense de la calle González Besada (hoy oficinas del Vicerrectorado de Estudiantes) donde permaneció hasta mediados de los ochenta, con la inauguración de su actual sede en el campus de El Cristo. Aquel rehabilitado almacén no era otra cosa que el primer peldaño del mayor ascensor social que tuvo Asturias en 40 años.

Aparentemente, el paisaje provisional de ese primer curso dejaba ver solo unas sillas de pala, largas bancadas o pizarras con caballete. En realidad, hoy sabemos que crear esa facultad fue una de las mejores inversiones del Principado en medio siglo. Por suerte, yo también estuve allí.

Eran tiempos convulsos para la sociedad y la Universidad española, donde aún actuaba la policía secreta que informaba sobre los alumnos políticamente inquietos. El curso suspendería sus clases durante unos días del mes de noviembre por la muerte del dictador Franco. También por interminables asambleas donde avezados líderes estudiantiles no se cansaban de recordar que “la asamblea es soberana”. Han pasado cuarenta años y el mensaje parece seguir vigente. Esta parte de la vida universitaria ya ha sido contada, pues fue un elemento principal de la recuperación de las libertades y la transición democrática.

Sin embargo, debemos recordar que por entonces, si un asturiano quería ser economista, debía desplazarse, lo más



cerca, a Bilbao, Madrid o Santiago de Compostela. Aunque nuestra Universidad contaba con dos prestigiosas diplomaturas de Ciencias Empresariales en Oviedo o Gijón y, desde finales de los años sesenta, con una magnífica Escuela de Negocios: el IUDE, donde se formaron cientos de directivos de industrias asturianas. Unos poderosos estímulos para una futura licenciatura cuya gestión, en aquella época, pasaba inevitablemente por Madrid, que intervenía en multitud de decisiones. Para sacar adelante cualquier proyecto era imprescindible moverse bien por los pasillos ministeriales. Supe después que el Rector, Teo, como cariñosamente le llamaban sus amigos, había sido un personaje querido en todos los niveles del Ministerio de Educación, donde su encanto natural —y los bombones de Peñalba— le acortaban cualquier espera. Todavía durante los años noventa, siendo yo técnico de la Universidad, veteranos conserjes y secretarías madrileñas seguían preguntándome por él, por su salud o su afición al Real Oviedo. No hubo ocasión en que le encontrara por la calle y no le agradeciera todo su trabajo en la creación de la Facultad de Económicas, pues luego también supe los enormes líos, de todo orden, que conlleva el inicio de cada nueva titulación. Eso con dinero, así que sin él y con la conflictividad de la época, no puedo ni imaginarlo.

Hoy, que nuestro Sistema Universitario Nacional presenta tantas carencias en su nula planificación y baja coordinación, observamos con sorpresa cómo se pasó de

Aquel rehabilitado almacén de González Besada no era otra cosa que el primer peldaño del mayor ascensor social que tuvo Asturias

445.170 estudiantes, en 270 centros de 23 universidades (curso 74-75) hasta 633.455 estudiantes en 379 centros de treinta universidades del curso 79-80. En tan sólo un lustro se crearon siete nuevas universidades con un aumento espectacular del número de facultades y, entre ellas, una veintena dedicada a los estudios de economía y empresa. En una España que sufría una gran crisis política y económica, el personal docente universitario debió crecer desde 19.214 profesores (mayoritariamente contratados) hasta 25.543, lo que provocará grandes tensiones de todo tipo.

Este era el escenario cuando se designó como decano comisario de nuestra nueva facultad al catedrático de Derecho mercantil Luis Carlón, ejemplo de bondad y paciencia, que los alumnos nunca supimos valorar como se merecía, porque los aspirantes a economistas subestiman las materias jurídicas. El destino castigaría a muchos graduados llevándonos a empleos donde la legislación de sociedades estaba más presente que la matemática financiera.

La provisionalidad del alojamiento en la calle González Besada duró más de la

cuenta pues la obra del definitivo edificio en El Cristo estuvo plagada de contrariedades. A principios de los ochenta, quebró la constructora adjudicataria del Ministerio, dejando un reguero de problemas con proveedores, bancos y trabajadores que sólo se resolvieron tras la intervención directa del propio Rector, que involucró a la Universidad más de lo que debía para resolverlos pero evitó que se empantanara el proyecto como ocurrió con muchas otras obras públicas suspendidas durante años. Luego supe que el entonces gerente de la Universidad (Álvarez Barriada) y Teodoro estuvieron largo tiempo sin hablarse por ello. Algunos de los obreros de la constructora acabaron integrando la nómina de nuestra Universidad y el proyecto se concluyó.

Hoy, que Youtube, la nube y las redes sociales están desbancando a los habituales medios presenciales de enseñanza y aprendizaje, es preciso recordar esta pequeña y lejana historia doméstica. No faltará quien se pregunte si aquellos eran mejores graduados que los actuales, con tantos medios virtuales. Aquella fue una época de largas colas de matrícula, de ruidosas máquinas de escribir que tenían detrás personas que contribuyeron decisivamente a iniciar la facultad que este curso cumple 40 años. Como las limpiadoras Tita y María, que fueron toda una institución: ellas sí que podrían escribir la verdadera crónica del centro. Más conocido es el relato de los académicos que estrenaron en Oviedo sus flamantes cátedras o agregaduras, durante esos primeros años; como García Delgado, Cuervo García, Anes Álvarez, López Díaz, Gil Álvarez o Sosa Wagner, que crearon verdaderas escuelas de conocimiento e impulsaron la carrera docente de otros muchos alumnos, diseminando catedráticos por toda España.

La gente debe saber que la Universidad es un privilegio, casi gratis para el estudiante si se compara con su enorme rentabilidad personal y social. Aquel almacén se transformó en una gran factoría de talento, un elemento estratégico para Asturias y Oviedo. Hoy sabemos que llegó en el mejor momento, abriendo nuestra región al futuro, ante un escenario donde las materias primas comenzaban a dejar paso al conocimiento como el principal recurso económico.

Clave de sol

Los errores políticos pasan factura



Esteban Greciet

Está claro que muchos españoles de convicciones diversas estrenamos el año en estado si no de alarma al menos de perplejidad por la deriva de la situación política. Y muchos nos preguntamos cómo y por qué ha sido posible la repentina irrupción de inesperados movimientos y, sobre todo, de los llamados antisistema. Lo que ha propiciado también la renovada insolencia de los separatismos catalán y vas-

co, el brusco abatimiento del deseable bipartidismo y, en suma, el desconcierto general que nos aflige.

Habrá que llegar a la conclusión de que el germen de los males que ahora afloran está en los errores del inmediato pasado que nos pasan factura. Por ejemplo, la infidelidad de la derecha a ciertos postulados irrenunciables de su propio ideario, la corrupción entre gran parte de sus dirigentes, la parálisis oficial ante los avances de los separatismos con sólo reacciones quejumbrosas sin efectividad... Escrito todo esto antes de los encuentros previstos ayer martes de Rajoy y Rivera con el Rey.

Una durísima experiencia en el País Vasco ha enseñado al periodista lo que fue, con beneméritos excepciones, el enfoque timorato de un conflicto artificial que avanzó a base de concesiones y retiradas, que se ha dado cándidamente por resuelto ante la suspensión de crímenes sin entrega de armas, además del acceso real de los radicales a las instituciones, y que vuelve a repuntar en su latente exigencia soberanista al rebufo del alterado momento que nos toca vivir y el mal ejemplo de los catalanistas, frente a cuyos avances nunca pasa nada.

Como infeliz resultado, hemos aquí ahora atascados en la fragmentación de la oferta política a los ciudadanos con la irrupción de una serie de jóvenes, fruto de la sociedad del bienestar y por ello ilustrados, intrépidos y sin duda locuaces, pero también inexpertos, obstinados y hasta soberbios por añadidura. ¿Dónde queda la exigible preocupación por el bien común y el espíritu de servicio?

Tiene uno la tentación de pensar que no es casualidad la repentina revelación del aparatoso caso de la corrupción “pepera” en Valencia y en un momento tan delicado

Asistimos, por ejemplo, a la obsesión antidemocrática del candidato socialista en contra del PP, como si este partido fuera una anomalía a suprimir, y también a la suicida intención de pactar con los antisistema para no perder la ocasión de asumir la Presidencia. Mimbres con los que se satisfarán ambiciones personales e intereses de partido, pero que harán imposible

governar, mantener el estado del bienestar y la irrenunciable unidad de España.

Tiene uno la tentación de pensar que no es casualidad la repentina revelación del aparatoso caso de la corrupción “pepera” en Valencia y en un momento tan delicado como éste. Los populares, que ganaron las elecciones en definitiva, no han contraatacado a estas acusaciones con alegatos a su favor como los oceánicos casos de corrupción socialista en Andalucía, ahora silenciados, ni tampoco en Asturias con los escándalos de Villa, Riopedre y sus respectivas compañías.

En fin, el candidato Sánchez ha conseguido de su partido silenciar a los veteranos dinosaurios y, debidamente asesorado, apelar a un asamblearismo que explota el conocido efecto psicológico de mística de la masa. Y es que sabe que, de perder esta ocasión de aliarse con el diablo, volverá a la misma nada de la que ha salido.

No conviene ser exclusivamente pesimistas. Quisiera creer que algo se nos ocurrirá.